

OPINIÓN

ELVIRA LINDO

El abaratamiento de la intimidad

Cada vez que una mujer que goza de cierta celebridad afirma que se ha empoderado me echo la mano a la cartera, porque lo que para una persona maltratada, excluida o en posición subordinada significa tomar conciencia de su valor, en el caso de alguien privilegiado se puede convertir en la excusa para arrogarse el derecho no solo a hacer de su capa un sayo sino de exigir el aplauso y la recompensa económica por su presunta bravura. Es curioso cómo palabras concebidas para definir la noble aspiración de reconocer la soberanía de las invisibles de la tierra haya acabado en manos de quien lo tiene todo. El feminismo es, en consecuencia, una buena coartada, un buen escudo. Lo más perverso y lo más estúpido puede ser justificado, celebrado, y, sobre todo, tiene la facultad de desviar nuestros ojos de lo que es muy urgente. Podríamos celebrar, emocionadas, la primera huelga de “las niñas” de Zara, como así son llamadas las dependientas, una

protesta de la que daba cuenta Begoña Gómez Urzaiz en un excelente reportaje, pero para qué perder el tiempo en algo tan tedioso como un conflicto laboral cuando podemos pasarnos el día discerniendo si el que una cantante de masas haga caja con su divorcio empodera o no a todas las mujeres a las que alguna vez en su vida dejó el novio por otra. Vaya, como progre irredenta que soy pensaba que la vida consistía en que unas veces te rompían el corazón y otras eras tú quien lo rompías. También prevalecía en un tiempo que parece lejano cuánto podías herir a tus hijos si convertías la batalla de tu separación en un circo. Pero la intimidad cotiza al alza y hoy todo está en venta: el pene congelado de un príncipe, el maltrato convertido en un *show* nocturno que se vende como una manera de agitar la conciencia ciudadana, o la vuelta de tuerca por la cual la amante de un rey se erige como heroína que amplió las libertades de las mujeres en un país pacato. Si todas estas aventuras se

contemplaran como parte del *show business* tendrían la gracia del cotilleo rosa, pero cuando se toman prestados de manera tramposa conceptos que definen problemas muy graves y se manosean y se rebajan y cuentan, además, con analistas que se prestan a colocar en primera línea del debate lo que no deja de ser un salseo mediático es desolador.

Hay además un descrédito del pudor. El pudor se considera algo antiguo, reaccionario incluso, innecesario. Incluso hay quien cree que el pudor es una construcción cultural, una imposición de los padres; hasta tal punto desconocen que los niños conciben el pudor como una parte de su desarrollo, como un camino hacia su independencia, y no hay nada más sagrado que el respeto por el pudor que pueda sentir una criatura cuando comienza a tener conciencia de su cuerpo. Pero está la vida pública muy deteriorada: si cuentas en tu haber con algo escabroso que contar, ¿por qué no hacerlo?, ¿y por qué no elevar

una estupidez a debate sociológico? Quienes entendemos que toda experiencia íntima debe ser procesada antes de que se convierta en algo digno de ser contado estamos desfasados. Leo en *Horas de invierno*, un libro memorialístico de la gran poeta de la naturaleza Mary Oliver, un párrafo que me concierne y me toca hondo cuando habla en voz tenue del amor por su pareja: “M. y yo nos conocimos a finales de los años cincuenta. Para mí fue como una nueva adolescencia: escalofríos y zumbidos. Certeza. Llevamos más de 30 años viviendo juntas. Prefiero no contar mucho al respecto. La intimidad, tan poco valorada ya en este mundo, sigue siendo una cualidad lógica y razonable del paraíso”.

Como siguiendo los consejos de un libro de psicología baratuna estamos dispuestos a creer que comerciar con cualquier asunto privado nos alivia y nos empodera. No veo que se hable nunca de la dignidad perdida.

Descolonizar las colecciones: algunas preguntas

JUAN PIMENTEL

Desde hace tiempo, en ciertos países y museos se discute sobre la descolonización de las colecciones. Se trata de presentar y contar sus piezas de otra forma. E incluso de restituir algunos bienes culturales, como ha hecho Francia al devolver a Benín y Senegal, de manera simbólica, ciertas piezas alojadas en sus museos. El debate está llegando a España, y recientemente el Ministerio de Cultura ha creado un grupo de trabajo para descolonizar las colecciones. Es previsible que pronto habrá dos líneas argumentales, fácilmente reconocibles y que se solaparán con las que mantienen hispanófilos e hispanóforos, los partidarios de las leyendas dorada y negra del pasado colonial español. Unos y otros hacen del pasado un escenario donde proyectan sus valores y glorifican o condenan a sus antepasados. Lo mismo se ven reflejados en sus gestas que avergonzados por ellas. Más que de explorar y aprender del pasado, parece que se trata de organizar terapias reparadoras, baños de autoestima o sesiones de penitencias laicas.

¿Debemos sentirnos orgullosos o culpables de lo que hicieron nuestros antepasados? Más aún, ¿quiénes son nuestros antepasados y quiénes los suyos? ¿Puede alguien apropiarse del pasado indígena, homogeneizar todos los “pueblos indígenas” y hablar por ellos? Las preguntas no cesan: ¿dónde acaba la repatriación en la línea del tiempo? ¿De qué patrias hablamos? ¿Es la república mexicana heredera directa de los aztecas? ¿No sometieron los aztecas y los incas a sus pueblos vecinos y se apropiaron de algunas de sus formas culturales?

Llegados al paroxismo de la exigencia de la restitución y la simetría cultural, ¿no habría que pedir a cambio que se repatriaran las catedrales o los retablos barrocos? Así las cosas, deberían devolverse los puentes romanos, los templos griegos de Sicilia y todos los productos culturales no originarios de los pueblos “autóctonos”. Pero ¿cuáles son los pueblos autóctonos en una especie que no ha parado de migrar, colonizar, atravesar océanos y mezclarse con gentes de otros lugares?

Coleccionar objetos, apropiarse de ellos, conservarlos, estudiarlos y exhibirlos son prácticas culturales de todos los pue-

Más que escenario de nuestras ideas, el pasado a veces parece un patético escaparate de nosotros mismos

blos. Occidente, cuya expansión fue notable en los últimos cinco siglos, tiene incontables piezas en sus museos creadas más allá de sus límites geográficos. ¿Deben devolverse? ¿Quién señala lo que es una apropiación cultural legítima y cuál es indebida? ¿Están llenos los museos de piezas expoliadas o se han conservado gracias a la actividad museística? Obviamente, la ca suística es muy variada. Los discursos mu-

seísticos, las narrativas históricas y las nociones sobre el patrimonio han variado a lo largo del tiempo. No conviene rehuir el debate, sino afrontarlo de la mano de los expertos y de la ciudadanía.

Entre las numerosas preguntas, hay dos fundamentales, ambas difíciles de responder. La primera es quiénes somos, es decir, ¿cuál es el sujeto colectivo que nos asiste para reclamar un pasado, una herencia o

un ultraje y por lo tanto nos da derecho a una restitución? Me temo que la respuesta no está clara, que los españoles actuales somos tan herederos del Inca Garcilaso como los latinoamericanos de Cervantes, y que en realidad muchos españoles y latinoamericanos de hoy día tenemos muchas más cosas en común entre nosotros que con Cortés o con Moctezuma. La segunda pregunta es en qué consiste una apropiación cultural legítima y cuál no lo es. El humanismo renacentista, por ejemplo, se apropió de la cultura clásica y las vanguardias se apropiaron del arte africano, mesoamericano y andino. ¿Hay que sentar por ello a Lorenzo Valla o a Picasso frente al Tribunal del Santo Oficio retrospectivo? ¿Fue Bernardino de Sahagún un franciscano que robó conocimientos indígenas?

Lo que sí constituye una forma de hurtar el pasado es apropiarse indiscriminadamente de él, convertirlo en un escenario donde proyectar nuestros valores, nuestros criterios, nuestras bendiciones, también nuestras sanciones. Es un mal frecuente hoy día desplazar sobre el pasado nuestras opiniones sobre lo que hicieron bien o mal nuestros antepasados. Vivimos una hiperplasia de las identidades colectivas. Y un tiempo quizás demasiado doctrinario. Más que un escenario de nuestras ideas, el pasado a veces parece un patético escaparate de nosotros mismos. Hay quienes proclaman su imperio sobre el pasado y lo convierten en una colonia sometida a su capricho. Es paradójico que algunos que denuncian el colonialismo en el pasado lo colonicen de manera tan implacable, sometiéndolo al yugo de sus propias convicciones y principios, cuya universalidad y atemporalidad dan por hechas. Vivimos bajo la soberanía absolutista del presente.

Pero el pasado es un país extraño, como escribió Hartley en *El mensajero*: “Allí las cosas se hacen de forma diferente”. Descolonizar el pasado tal vez debería comenzar por no querer entenderlo con nuestra propia lengua, por no querer juzgarlo o condenarlo, y menos por no querer emplearlo como arma arrojada contra los que piensan o pensaban de forma diferente.

Juan Pimentel es historiador en el CSIC y autor de *Fantasmas de la ciencia española* (Marcial Pons).

FLAVITA BANANA

